

tropas sumaban unos cuarenta y cinco mil hombres: en el curso alto del Adige hasta la frontera del Tirol, la división Vaubois, mandada ahora por el valeroso é inteligente Joubert; en el curso medio, cerca de Verona, la división Massena; junto á Legnano, en el curso inferior, Augereau; Rey, con cuatro mil hombres de reserva, en Salo, y en el Minicio, Víctor y Dugua, con dos mil cuatrocientos hombres, para ir al socorro de los puntos amenazados.

El siete de Enero, Bayalitsch y Provera se adelantaron hacia el Adige. El primero no consiguió otra cosa que tener á Bonaparte, durante varios días, incierto acerca del punto en que se daría el principal ataque; el segundo, perdió tanto tiempo en preparativos, que no ganó hasta el trece la margen derecha del Adige, y siguió su camino perezosamente, hostilizado de continuo por los destacamentos de Augereau. Allwintzy, dividiendo sus fuerzas en seis columnas, marchó el once de Enero contra la posición de Joubert, con el propósito de rodearla y luego atacarla por todas partes á un tiempo. Pero invirtió en los movimientos más tiempo del que calculaba. Los caminos de la montaña, angostos y escarpados, estaban helados y brillantes como espejos los unos, sepultados los otros bajo la nieve; los soldados cedían al peso de sus armas y de sus bagages, y á menudo, las columnas se extraviaban y tenían que retroceder en busca de nuevos senderos. Perdióse en esto un día entero, el doce, que fué de mucho provecho para Bonaparte. Joubert retrocedió el trece, primero á Corona, luego á Rivoli, de donde mandó aviso á Bonaparte y se dispuso á resistir enérgicamente al día siguiente. Pero por la noche, viéndose cercado por las seis columnas austriacas, perdió ánimo, y decidió, á las diez de la noche, dar la orden de retirada, cuando le llegó un mensaje de Bonaparte mandándole que resistiese hasta morir. Obedeció, esperando con inquietud los sucesos del día siguiente. Bonaparte seguía en Verona, incierto aun acerca del punto en donde se daría el principal golpe; al anoecer del trece recibió el aviso de Joubert, é inmediatamente mandó á Massena y á Rey que, sin perder momento y con la mayor velocidad posible, se trasladasen á Rivoli, y él mismo montó á caballo y corrió á llevar alientos á su general amenazado. Llegó á Rivoli el catorce á las dos de la mañana, y por las largas filas de fogatas en el campamento enemigo y á la luz de la luna, en despejada y fría noche de invierno, se hizo cargo con su penetrante mirada de las posiciones austriacas y tomó las medidas convenientes para la batalla.

Se levanta Rivoli sobre una meseta, que al oriente descende hacia el Adige en escarpada cuesta, por la que serpentea, en bruscas vueltas y revueltas, el gran camino que sube de Incanale en el valle; al Suroeste, se deprime en suave pendiente hacia el lago Garda, y al Norte la ciñen varias colinas, allende las que el terreno continúa hasta las faldas del Montebaldo. Sobre estas colinas acampaban las tropas de Joubert, que habían atrincherado á su espalda el gran camino, en el punto por donde éste desemboca en la

meseta, y estaban allí como al borde de un vasto baluarte, á donde el enemigo sólo podía llegar por ásperos senderos, transitables no más que para la infantería. A las cinco de la mañana, empezó el combate. Durante horas, y al precio de mucha sangre, se disputó la posesión de la capilla de San Marco, situada en sitio elevado, y que al fin quedó por los austriacos. Rechazados fueron también los franceses en el ala opuesta, y desde entonces no les quedó en el centro más que media brigada para defender la posición. Ya los austriacos se regocijaban con la victoria, cuando á las diez de la mañana llegó Massena, que reanimó la lucha por el Oeste con enérgico ataque. Mas el peligro no había pasado por completo. Al Este, los batallones de Vial retrocedían desbandados delante de la columna Reus, cuyos primeros destacamentos comenzaban á desplegarse por la meseta. Gracias que Joubert y Berthier, consiguiendo detener parte de los granaderos fugitivos, los lanzaron, con un regimiento de cazadores montados, contra el enemigo. Tras breve, pero rudo combate, la cabeza de los austriacos fué rechazada hacia la pendiente por la que subían otros destacamentos, en los que se produjo horrible confusión, que acabó por la fuga de toda la columna hacia el valle del Adige. El desorden y dispersión se comunicó á todas las tropas, compuestas, en su mayor parte, de soldados inexpertos y de oficiales poco avezados á la guerra, siendo vanos todos los esfuerzos que hicieron los generales para detenerlos. «He hecho todo lo posible, escribió Allwintzy al emperador, para detener y mantener con mi ejemplo y el de mi escolta las tropas que, huyendo, se precipitaban las unas sobre las otras. No puedo describir este pánico, este terror, de mejor manera que diciendo sinceramente, que mi presencia y mi conducta no han podido reanimar á los tímidos; que ni el ejemplo de un soldado muerto en el acto por su desobediencia, ni los sablazos de mis ayudantes han podido triunfar de la angustia de los soldados, y que la perspectiva de una muerte cierta, dada por nuestras manos, palidecía ante el espanto que les causaba un enemigo aislado y todavía á distancia considerable. La esperanza de reformar estos bandos tumultuosos se desvanecía más y más; yo mismo fuí arrastrado por ellos, arrojado casi á los pies de mi caballo, y forzado, como toda mi escolta, á engrosar la horda fugitiva.....; en fin, sólo el cansancio puso término á la fuga». Una segunda tentativa hecha el quince de Enero para marchar de nuevo sobre Rivoli, terminó también, á los primeros cañonazos, por una desbandada. Evidentemente, con aquellas tropas no se podía ya luchar.

El desenlace fué rápido y espantoso. La columna Lusignan, cercada por Rey y algunos batallones de Massena, buscó en vano abrirse paso hacia el lago ó hacia la montaña. Después de cuatro noches pasadas al raso, las tropas hambrientas se dispersaron el quince de Enero y cayeron por grupos en poder del enemigo, salvándose el general y algunos oficiales en un bajel que les condujo el diez y siete al otro lado del Garda. Bonaparte entonces, dejando á las divisiones Rey y Joubert frente á Allwintzy, marchó con la de Mas-

seno contra Provera, que había llegado el quince al fuerte de San Georgio y que el diez y seis por la tarde se entregó con toda su columna. A Mantua le había llegado la hora. Wurmser se mantuvo firme hasta el último instante, rehabilitándose, con su heroica constancia, de las faltas cometidas en Castiglione y Basano. Durante dos días se discutieron las condiciones de la capitulación, que se efectuó el tres de Febrero, saliendo en libertad Wurmser, su estado mayor, setecientos hombres, con seis cañones, y quedando todos los demás prisioneros de guerra.

Austria estaba vencida y agobiada. Serie tan dilatada de desastres era para rendir el ánimo más valeroso. Había apurado todos los recursos, y no le quedaba de su predilecta Lombardia una pulgada de terreno. Bonaparte, en cambio, sentíase orgulloso y feliz. Había vencido á tres generales, destruido cuatro grandes ejércitos, y Lonato, Castiglione, Basano, Arcole y Rivoli envolvían su nombre en resplandeciente aureola de gloria. Literalmente, parecía que tenía encadenada á la victoria. Y no tanto por la eficacia de las armas, cuanto por la del pensamiento. Sus triunfos habían sido alcanzados, sobre todo, á fuerza de inteligencia, de actividad, de valor, rayano á menudo en la temeridad, siendo por esto tanto mayor la gloria conquistada. Sus sueños de oro, la posesión de Italia, que tanto ambicionaba dominar, era una realidad; un hecho, la palabra empeñada al Directorio. Había realizado la primera parte de su tarea cumplidamente, más allá de los deseos de su gobierno, y libre de las trabas que le habían tenido sujeto por tanto tiempo, podía dedicarse á llevar á cabo la segunda, á invadir los territorios hereditarios del Austria y dictar la paz al Emperador. Mas antes de acompañarle en estas nuevas empresas, debemos volver la vista á los acontecimientos que mientras tanto se habían desarrollado en los otros campos de batalla, en el sur de Alemania y en la Vendée.



CAPÍTULO VIGÉSIMO-PRIMERO

La guerra en Alemania y expedición á Irlanda.

La campaña en el Rin no se abrió hasta el primero de Junio, y en ella ejercieron desde el principio poderoso influjo las victorias de Bonaparte en Italia. La víspera de abrirse, el treinta y uno de Mayo, Wurmser recibió orden de marchar con veinticinco mil hombres al Tirol, para reforzar á Beaulieu y ponerse al frente del ejército que había de reconquistar la Lombardia. «En el estado actual de las cosas, escribía el Emperador, Italia es para mí, sin vacilación, el punto más interesante del teatro de la guerra». El archiduque Carlos, que stempre se había opuesto á tomar la ofensiva, acabó de desalentarse con la merma del importante contingente que se llevó Wurmser. Los franceses, al revés, abatidos ayer por falta de víveres, de vestido, de zapatos, de dinero, de municiones y hasta de armas, se reanimaron al denunciarse la tregua. Jourdan y Moreau convinieron en que el primero, dueño de la fortaleza de Düsseldorf, en la margen derecha del Rin, rompería el ataque, para atraer á este punto el mayor número posible de fuerzas enemigas y facilitar á Moreau el paso del río. El hábil y valeroso Kleber se encargó de esta operación y la llevó á cabo felizmente, rechazando á los austriacos hasta más allá del Lahn. Esto bastó para que el Archiduque, á despecho de todos los planes fabricados en Viena, retirase el grueso de sus fuerzas en la margen derecha del Rin, dejando treinta y cinco batallones al otro lado, en los campamentos de Maguncia y Manheim. Al enterarse de esta retirada, Jourdan avanzó hasta el Lahn alineando sus cuarenta y cinco mil hombres á lo largo de este río,